Colores en el mar
Carlos Pellicer y Ramón López Velarde

Porfirio Hernández

PARA MAURICIO

El mar "no es un aspecto físico del mundo, sino una manera espiritual", escribió Carlos Pellicer Cámara en la tercera página de su primer libro, *Colores en el mar*, editado por Cvltvra, en 1921. "Una manera espiritual": expresión que se comprende mejor al leer su respuesta a la pregunta del poeta José Carlos Becerra, en el verano de 1967, sobre cuál había sido el primer acontecimiento de su vida:

> El primer acontecimiento importante de mi vida fue cuando yo tenía cinco años: mi madre me llevó por primera vez al mar. Al mar he dedicado una buena parte de mi obra poética y puedo asegurar que delante del mar tuve por primera vez razón. El mar tuvo para mí esa fuerza inconcebible de hacer pensar a un niño en el principio de la razón de ser de muchas cosas. Entonces, la fuerza, la energía, la velocidad, un dinamismo que solamente el agua tiene, cupo en mí, en esta pequeña, insignificante figura que ustedes ven. (*El otoño recorre las islas*, ERA/SEP, Lecturas Mexicanas, 10, Segunda Serie, México, 1985, p. 273.)

Este descubrimiento habría de cruzar la obra completa de Pellicer, porque el mar vasto, profundo, interminable de su primer libro, fue el punto de partida de sus descubrimientos y sus afanes ulteriores: el amor a Dios a través de la naturaleza y la admiración por el héroe americano, lo que definió la actitud de su vida frente al mundo.

Colores en el mar fue también el tributo de sus admiraciones más sentidas y un resplandor lumínico sobre los nombres presentes en los 35 poemas del libro. *Colores en el mar* está dedicado "a la memoria de mi amigo Ramón López Velarde, joven poeta insigne, muerto hace tres lunas en la gracia de Cristo".

Ambos escritores se habían conocido hacia 1916 –Ramón López Velarde (1888-1921) tendría a la sazón 29 años, y daba clases de lengua y literatura castellanas–, en los pasillos de la Escuela Nacional Preparatoria, que entonces trataba de recuperar, como toda la ciudad de México, un estado anímico que se desprendiera de los horrores de la Revolución y retomara los cauces intelectuales y académicos de antaño. En la escuela se habían encontrado los amigos que diez años más tarde formarían el grupo Contemporáneos, casi todos de la misma edad, interesados en participar en las revistas que entonces también renacían:

Porfirio Hernández. Estudió la Licenciatura en Letras Latinoamericanas en la UAEM. Becario del Centro Toluqueño de Escritores (1990 y 1994).

El Pueblo, El Universal Ilustrado, Pegaso, San-evank, El Maestro.

López Velarde y Pellicer nunca coincidieron como maestro y alumno; sin embargo, Pellicer sabía del poeta zacatecano por *La sangre devota*, publicado por *Revista de Revistas* en 1916, que anunciaba "un nuevo rumbo de la poesía mexicana"; aunque para el joven poeta significaba una complejidad sustancial afín a sus descubrimientos antes que un modelo de imitación de sus temas aparentes, práctica que sí siguieron otros poetas mexicanos de entonces como Enrique Fernández Ledesma (*Con la sed en los labios*, 1919), Francisco González León (*Campanas de la tarde*, 1922) y Severo Amador (*Cantos de la sierra*, 1918).

El tenaz conflicto de López Velarde presente en *La sangre devota*, entre el *eros* que no termina de morir en la imagen eterna de la mujer inmóvil y la pulsión de muerte que lo aleja de su pueblo natal como expulsándolo del mundo, es quizás el conflicto que, en otros términos, vive el joven Pellicer en la colonia Guerrero, descubridor de la poesía desde 1912, "cuando había tenido la suerte de escuchar a Santos Chocano, presentado por Reyes, recitar 34 poemas en el Teatro Abreu", cita Guillermo Sheridan (*Los Contemporáneos ayer*, FCE, 1985, p. 39).

El primer poema de *Colores en el mar*, alentado por la pasión hacia la divinidad y su búsqueda intermitente, es una meditación sobre el amor a Dios y su contrapeso terrenal:

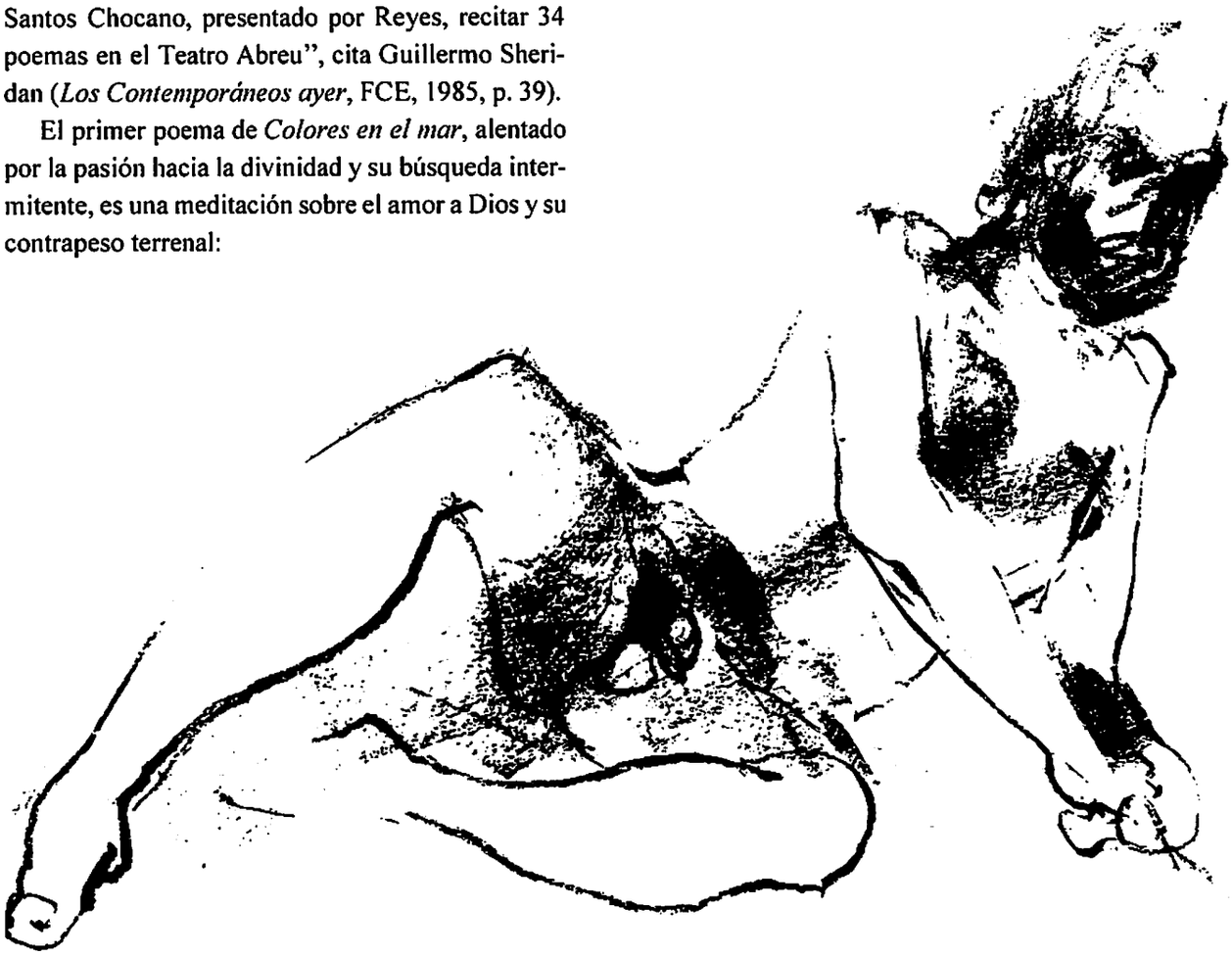
El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.

(UNAM, 1962, p. 9)

Una alegría que es un contraste interior con *La sangre devota*, pleno de horas melancólicas y reflexiones azules sobre la patria espiritual perdida. Sin embargo, en medio del tono grave de sus lamentaciones, López Velarde conserva el hálito de serenidad que también está presente en los poemas posteriores de su admirador. López Velarde escribe en "A la patrona de mi pueblo" (*Obras*, FCE, 1990, pp. 173-174):



Y yo anhelo, Señora,
que en mi tiniebla pongas para siempre
una rojiza aspiración, hermana
del inmóvil incendio de tus torres,
y que me dejes ir
en mi última década
a tu nave, cardíaco
o gotoso, y ya trémulo,
para elevarte mi oración asmática
junto al mismo cancel
que oyó mi prez valiente,
en aquella alborada en que soñé
prender a un blanco pecho
una fecunda rama de azahar.

Más allá de sus términos, las referencias al don supremo de la vida unen las palabras de sus autores en un cauce esperanzador que, en el caso de López Velarde, se mira en los límites de la vida –y se cumple: Josefa de los Ríos, *Fuensanta*, muere el 7 de mayo de 1917–, pero que en Pellicer se busca en el horizonte infinito del mar, "por el afán dinámico que predomina en mí", escribió.

Dos magnolias

El acercamiento de los Contemporáneos a López Velarde fue desigual (léase sobre esta relación en *Los Contemporáneos ayer*, antes citado), e incluso en algunos casos no lo hubo. No obstante, hubo un momento compartido que definió también la relación de los jóvenes poetas con López Velarde. En junio de 1921, el poeta de Zacatecas enfermó de pleuresía, enfermedad que lo llevaría a la muerte el día 19. En sus días de agonía, sus amigos lo visitaban y velaban porque tuviera todo a su alcance. Guillermo Sheridan, en *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde* (FCE, 1989), relata los últimos momentos del poeta, en los que la admiración de Pellicer se vuelve verdadera angustia por la suerte de su amado poeta.

> Los poetas, los muchachos y los grandes, iniciaron unas peregrinaciones constantes a la casa de Jalisco [lugar donde vivía RLV]. Afuera, en el camellón de la avenida, se hacían los corrillos y se contaba lo que sucedía adentro. Aurora, la hermana de Ramón, sacaba de vez en cuando unas tazas de café que se bebían ahí los amigos en pequeños sorbos. [...]
>
> Un par de días antes del tránsito, llegaron Pellicer, Enrique González Rojo, el hijo del doctor [Enrique González Martínez], y Villaurrutia. Llevaban dos magnolias enormes. Jesús [el hermano de Ramón] los dejó asomarse al rellano y verlo de lejos. Ramón estaba en el sillón con una colcha sobre las piernas. Carlitos lo miraba de lejos y se ponía muy atento para ver si Ramón no volteaba o tenía los ojos cerrados. Carlitos extendió las magnolias hacia él y le dio la más amplia de sus sonrisas, como si él fuera un héroe de caballería y las magnolias la panacea que curaría a su amigo. Ramón levantó un poco la mano para agradecer. Xavier luchaba para contener la emoción. Antes de retirarse, Carlitos, que no sabía qué hacer con las magnolias, las puso en el suelo, junto a la puerta. Ahí estaban todavía cuando murió Ramón, secas y amarillas.
>
> (pp. 219-220)

La leyenda cuenta que quien envió las flores fue Margarita Quijano, el amor imposible de López Velarde. El poeta Guillermo Fernández, quien fue amigo de Pellicer, cuenta que las magnolias habían sido compradas por Villaurrutia y "Carlitos", y que a ellos pertenecían. ¿Acaso eso varía el significado de las magnolias a la puerta de la casa de Jalisco? Carlos Pellicer tenía 24 años cuando murió López Velarde, sin haber conocido el mar. Meses después, el poeta de Tabasco habría de publicar su primer libro; con ello, abría la compuerta al océano de generosidad que nos ha regalado desde entonces.Δ